

Primer Domingo de Adviento (2024)

Tendemos a asociar las imágenes pastoriles con el Adviento, ¿no es así? En mi mente, veo pastores mirando al cielo. Me imagino a María inclinándose humildemente ante el Arcángel Gabriel. Me imagino las velas de Adviento brillando muy suavemente.

Entonces, ¿qué hacemos con la lectura del Evangelio de hoy? Terribles señales en el cielo... El rugido de las olas... La gente se muere de miedo... La venida del Señor descrita como un "asalto a todo lo que vive sobre la faz de la tierra"... ¿Cómo reconciliar estas imágenes violentas con la suave luz de una vela de Adviento? ¿Por qué esta inquietante lectura hoy? ¿Por qué este dos por cuatro entre los ojos?

De hecho, nuestro Evangelio en este primer domingo de Adviento es una especie de llamada de atención. Es un golpe de realidad de primer orden. Jesús nos desafía a cada uno de nosotros a reevaluar quiénes somos y qué valoramos.

Comienza centrándose en la impermanencia del mundo natural. Escuchen sus palabras: "La tierra será temblada y habrá señales perturbadoras en el sol, la luna y las estrellas". El mensaje es claro: nada es permanente. Todo en el cosmos eventualmente pasará.

¿Nuestras identidades y culturas nacionales? Allí tampoco hay permanencia. Jesús prevé una gran "*consternación*" entre las naciones.

Y no mejora cuando leemos simbólicamente el Evangelio de hoy. Pocos de nosotros hemos experimentado un terremoto o un maremoto. Muchos de nosotros, sin embargo, hemos experimentado crisis de carácter más personal: la muerte de un ser querido, un divorcio, la pérdida de un trabajo, la alienación de un hermano o hermana, un accidente trágico, una enfermedad... En momentos difíciles como estos, puede parecer que el suelo bajo nuestros pies está siendo arrastrado por el agua. Terremotos y maremotos, en efecto...

Y algunos de nosotros hemos experimentado la depresión, esa terrible pérdida de esperanza que a veces se filtra en nuestras vidas. Como dijo el filósofo luterano Paul Tillich, podemos perder de vista con demasiada facilidad ese "horizonte último" que habíamos presumido que daría sentido a nuestras vidas.

Y también está el asunto de nuestra propia mortalidad. Nuestra cultura nos dice que no tenemos que preocuparnos por la muerte. Siempre hay una nueva experiencia que buscar, una nueva posibilidad o una nueva píldora que hará que todo salga bien. Sabemos que no es así, por supuesto.

En el Evangelio de hoy, Jesús utiliza las imágenes de un terremoto y un maremoto, tanto literal como simbólicamente, para recordarnos que la vulnerabilidad es parte integral de todos los aspectos de nuestra existencia. Somos vulnerables en términos de nuestras identidades nacionales, nuestras culturas, nuestras relaciones, nuestro bienestar físico y también nuestras emociones.

Y aquí está el problema tal como Jesús lo ve. Tendemos a invertir nuestro sentido de significado, nuestro sentido de valor, nuestras propias identidades en lo que es impermanente, en lo que es vulnerable a la destrucción. Tendemos a enraizarnos en lo que es temporal y pasajero.

Ahora seamos claros. Esto no significa que nuestros vínculos culturales, nuestro bienestar físico y emocional y nuestras relaciones con los demás no sean importantes. No, estas bendiciones en nuestra vida tienen un gran valor. Basta con mirar la vida de Jesús. Jesús tenía una identidad nacional y cultural; lloró con las mujeres de Jerusalén cuando predijo la destrucción de sus casas. Jesús mantuvo su salud; los Evangelios indican, de hecho, que hacía mucho ejercicio. Jesús caminó por toda Galilea. Y, según todos los indicios, comía bastante bien, por lo general a expensas de otra persona. El equilibrio espiritual y el bienestar emocional de Jesús también eran importantes; A menudo se alejaba de la multitud para orar. Y las relaciones también eran importantes para Jesús. Pensemos, por ejemplo, en Marta, María y Lázaro. Sí, estos aspectos de la vida de Jesús eran vulnerables a la pérdida y al cambio, pero no obstante eran importantes para él.

Pero las raíces de Jesús eran aún más profundas. Jesús había anclado su identidad, no en lo que está sujeto a cambio y eventual destrucción; Jesús se había anclado en la identidad en su relación con el Padre. Y esto marcó la diferencia. La relación de Jesús con el Padre lo sostendría cuando todo lo demás que era importante para él fuera despojado. Sí, Jesús sería abandonado

por sus amigos. Sería rechazado por aquellos que tenían posición en la comunidad que amaba. Su libertad, su dignidad, incluso su ropa... Todo lo que Jesús poseía, con el tiempo, le sería arrebatado.

¿Podría alguno de nosotros resistir este tipo de pérdidas? ¿Podría alguno de nosotros resistir este tipo de terremotos y maremotos en nuestras vidas?

A pesar de todo esto, Jesús no perdió la esperanza. No perdió la esperanza porque se había arraigado en el amor del Padre. Jesús no perdió la esperanza ni siquiera mientras recitaba las primeras líneas del Salmo 22 momentos antes de su muerte. "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*", exclamó Jesús, sabiendo que la respuesta a esta súplica se da más adelante en el mismo salmo: "*[Dios] no se apartó de mí, sino que me escuchó cuando clamé*".

Jesús había anclado su identidad en el amor del Padre. Se había arraigado en su relación con el Padre. Y al hacerlo, Jesús experimentó un significado y un propósito en su vida y en su muerte que no estaban sujetos a la pérdida ni a la destrucción.

Aún más... En el amor del Padre, Jesús experimentó un profundo sentido de significado que engendró significado, a su vez, a su identidad como hombre judío. El amor del Padre inspiró su vida de oración. El amor del Padre enriqueció la misión de Jesús como maestro y sanador. No, Jesús no abandonó su vida para enraizarse en el amor del Padre. El amor del Padre se desbordaba en él y animaba todos los aspectos de su vida.

Y así, la lectura del Evangelio de hoy... En este primer domingo de Adviento, Jesús nos recuerda que nos ponemos en gran riesgo cuando anclamos nuestras identidades, en el nivel más profundo, en cualquier cosa que esté sujeta a cambio y destrucción. Nos ponemos en peligro cuando nos arraigamos en lo impermanente.

Sí, es bueno apreciar y cuidar nuestras identidades nacionales y culturales, nuestras carreras, nuestras familias y nuestro bienestar físico y emocional. Después de todo, estos dones vienen de Dios. Sin embargo, a menos que esta apreciación esté enraizada en algo más, estamos sujetos a la pérdida de ese "horizonte último" descrito tan elocuentemente por Paul Tillich. Y ese algo más es Dios. Se nos invita a hundir nuestras raíces más profundamente en las esperanzas y sueños de Dios para nosotros.

Así que aquí hay una idea. Te invito a incluir un salmo en particular en tu vida de oración en este tiempo de Adviento. Os invito a rezar el primer salmo de una manera significativa y sostenida. Usando dos imágenes notables, este hermoso salmo distingue entre todo lo que es impermanente y lo que es verdaderamente permanente y, por lo tanto, trascendente. El primer salmo usa la idea del arraigo con gran efecto. El salmista escribe: "*Bienaventurados aquellos a quienes la ley del Señor trae gozo. Son como árboles plantados cerca de corrientes de agua que dan su fruto a su tiempo*". Cuando llega la sequía, cuando llega la crisis, "*sus hojas no se marchitan...*"

¿Y los que se anclan en algo menos que Dios? Son desarraigados; Son como paja. Son como plantas rodadoras. Y así, cuando llega una crisis, aquellos que han sido seducidos por la aparente permanencia del mundo son incapaces de resistir la pérdida de sus "horizontes últimos". Al igual que la paja, se soplan de un lado a otro.

Este es el reto al que nos enfrentamos *en este* tiempo de Adviento. Esta es la opción que nos da la lectura del Evangelio de hoy. Por un lado, el enraizamiento que proviene de una relación con Dios, una relación profundizada en la oración y en la experiencia de la Eucaristía, una relación que promete dar un sentido trascendente a todos los demás aspectos de nuestra vida... Por el otro, el desarraigo que ofrece el mundo...

Somos convocados *en este* tiempo de Adviento a hundir nuestras raíces tan profundamente como podamos en Dios.